



Auteuil, 29 de mayo de 1859

SOBRE LA ORACIÓN

Hermanas,

La Iglesia pone hoy ante nuestros ojos una de las últimas recomendaciones de Nuestro Señor a sus apóstoles en su magnífico discurso de la Cena. Hemos visto en otro evangelio, como el divino Maestro les recomienda amarse los unos a los otros, aquí les enseña a rezar. Y qué lección conviene mejor a las religiosas, cuya vida debe ser una vida de oración, que no pueden juzgar de sus adelantos en la vida religiosa más que a partir de los adelantos en la oración. Apliquémonos por lo tanto a la oración. Jesucristo nos asegura que, si le pedimos alguna cosa a su Padre en su nombre, nos lo concederá. Cuando repetimos esas bellas oraciones que la Iglesia pone todos los días sobre nuestros labios en el Oficio Divino, es necesario que nuestro corazón pida a Dios que escuche nuestra oración. En el salmo “Bienaventurados los que son irrepreensibles en su camino”, que recitamos cada mañana, pedimos a Dios que nos haga caminar puros e inmaculados en el camino de la vida; dilatar nuestro corazón en el amor a sus mandamientos, darnos la inteligencia de la ley, etc. Todas las virtudes están pedidas en estas bellas oraciones de la Iglesia, todas las necesidades de nuestra alma están expuestas a Dios de una manera a la vez sublime y conmovedora. Pero, cuántas veces las recitamos solamente con los labios, sin que nuestro espíritu le ponga atención y sin que nuestro corazón pida nada.

Aprendamos a rezar, es la gran ciencia de la vida religiosa. La vida interior, la oración: he ahí el fin al que deben tender todos nuestros esfuerzos. Las reglas de la vida religiosa concurren todas a ese objetivo. Si nos piden silencio, es para poder hablar con Dios y escucharlo. Si nos piden mortificación es con el fin de alejar los obstáculos que los sentidos ponen a la unión con Dios. Si se quiere desprender nuestro corazón de los afectos de la tierra, es para que Jesús lo encuentre solo y desocupado de todo, cuando venga él. La obediencia, en fin, se nos pide para romper en nosotros toda voluntad propia, ella nos deja vacías y disponibles bajo la acción de Dios y un alma obediente atrae siempre sus miradas.

Así pues, el recogimiento y el fervor en la oración, el espíritu de oración a todo lo largo del día en vuestras ocupaciones y vuestros empleos es lo que os recomiendo hoy, mis queridas hijas.

N.B. : Durante todo el periodo precedente Madre María Eugenia ha estado muy ocupada con una salud deficiente, así como con las dificultades de caracteres en la comunidad (Sor Marie Augustine irá a Nîmes, el 25 de mayo, finalmente "en excelentes disposiciones"). Las fiestas litúrgicas ritman la vida y la oración.